

Martes I de Adviento Ciclo C



3 de diciembre de 2024

Is 11, 1-10

Sal 71

Lc 10, 21-24

P. Eduardo Suanzes, msps

Desde el punto de vista teológico, estamos en el corazón del evangelio. Aquí surge la novedad, en una revelación, una revelación que es una paradoja:

- Porque está inscrita en el tiempo, pero es independiente de la historia;
- Porque está ligada a la palabra de Jesús, pero, a la vez, está destinada a cada generación;
- Porque es una revelación llena de vigor, y sin embargo discreta, humilde;
- Porque es objeto de reflexión, y sin embargo se le niega a los sabios y entendidos.

Llegó la hora en que todo se vuelve del revés. Inversión de los valores y sustitución de las personas, en donde los humildes pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Esta revelación cristiana (y las repercusiones consiguientes) corresponde, señala el texto, al proyecto de Dios. Es que el Padre está detrás del Hijo y vive en comunión con él. Acaba aquí la larga espera de los profetas bíblicos. Comienza aquí el cumplimiento de la paradoja cristiana, del núcleo duro del evangelio¹.

El pasaje del evangelio de hoy tiene relación con lo que sucede inmediatamente antes; y es que los discípulos han vuelto de la misión que les encomendó Jesús, y como conclusión de aquel suceso Lucas añade este doble episodio que hemos escuchado hoy. En el primero nos presenta a Jesús, lleno de alegría, que estalla en un himno de alabanza a Dios, reconociéndole como Padre (21-22); en el segundo, Jesús proclama a sus discípulos verdaderamente dichosos, por ser testigos privilegiados de su ministerio, es decir, de su actuación y de su enseñanza (23-24). Los dos pasajes no son, en realidad, más que un comentario ulterior sobre la relación que existe entre él y sus discípulos. Los suyos no son únicamente sus representantes, cuyos nombres están escritos en el cielo, sino que son, sobre todo, «gente sencilla», depositarios de una revelación especial sobre quién es verdaderamente Jesús y quién es su Padre; esa condición privilegiada es la que realmente les puede hacer «dichosos».

El final del pasaje, en efecto, es una bienaventuranza: « ¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven!». Lucas no se contenta con el simple «ver» sino que insiste en el objeto: **«lo que ustedes ven»**; los discípulos no son «dichosos» por el simple hecho de «ver», sino por **«lo que» ven**².

El acento está puesto, pues, en ese **«lo que»**. ¿Y qué es lo que están viendo los discípulos? Pues al leer la primera lectura nos damos cuenta que ellos lo que ven es el cumplimiento de la misma;

¹ Cfr. FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas II*. Ed. Sígueme. Salamanca 2002

² JOSEH FITZMYER *El Evangelio según Lucas III*. Ed. Cristiandad. Madrid 1987

ellos están viendo lo que Isaías califica con ese “*Aquel día*”. Están viendo al tronco de Jesús sumergido en el Espíritu, cómo piensa, cómo actúa y, sobre todo quién le mueve.

Ahora bien si el camino del seguimiento de Jesús pasa por *dejar de estar ciegos*, como se insiste una y otra vez en los evangelios, esta bienaventuranza, « *¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven!*», adquiere un significado profundo que está más allá del contexto histórico de Jesús y se remonta hasta todos nosotros y nos cuestiona: « ¿Estoy ciego o veo?, ¿qué es **lo que** yo veo?» En el centro de mí mismo, ¿qué es lo que veo? ¿A mí? ¿A Jesús?

Creo yo que no hay que creer en la trampa de que esa bienaventuranza se circunscribe solo a los discípulos. Es cierto, ellos veían a Jesús físicamente, lo tocaban y respiraban su mismo aire. Pero la bienaventuranza se dirige con la misma intensidad a nosotros y provoca que en este tiempo nos empeñemos en salir de nuestra ceguera. Además, si ese ver, se muestra, es decir, se revela a la gente sencilla, Jesús nos está indicando el camino directo hacia el «ver»: la humildad y solo la humildad. La revelación se realiza en los pequeños, siendo la soberbia, el obstáculo definitivo para quedarnos fuera de la bienaventuranza.

«Me dice el Señor que la llave con que se abre esa arca, que contiene todas las virtudes que uno necesita, es la humildad, el desposeimiento propio... que sin esta llave, el tesoro no se abre. Esta humildad, dice, debe ir acompañada de la confianza: La pureza del alma humilde, dice, es también un acueducto por donde el Señor comunica sus gracias»³.

La razón por la que solo los pequeños y sencillos son capaces de ver lo que Dios revela es porque el mismo Dios se revela precisamente en lo pequeño, en lo escondido, en lo último: desde el pesebre hasta la cruz. No es posible *verle*, no es posible ser objeto de la bienaventuranza que en el evangelio Jesús proclama sobre nosotros si no somos capaces de entrar en su misma dinámica de revelación: la pequeñez, lo que no cuenta. El engreimiento propio que la soberbia rezuma actúa como un dique enorme para la luz.

Fijémonos en María para vivencia de este tiempo de Adviento: ella que fue la pequeña que supo ver más que nadie, con toda claridad, tanto que el Verbo se hizo carne en ella. Pero dijo San Agustín, si el Verbo se encarnó en su vientre fue porque primero se engendró en su corazón.

³ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA, *Cuenta de Conciencia*, 11-134-135; 5 de julio de 1899